Tiempos disruptivos

UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO

Universidad Nacional de Cuyo
(Mendoza, República Argentina)

La publicación de esta obra ha sido
recomendada por el Comité Editorial
(Ediunc, Universidad Nacional de Cuyo).

Tiempos disruptivos

Lecturas sobre la centralidad de la política en los 70

Alejandra Ciriza, Fabiana Grasselli
y Laura Rodríguez Agüero (Organizadoras)

Violeta Ayles Tortolini, Andrés Carminati,
Alejandra Ciriza, Paz Escobar,
Fabiana Grasselli, Nilda Redondo,
Eva Rodríguez Agüero
y Laura Rodríguez Agüero

EDIUNC Mendoza, 2018

Tiempos disruptivos: lecturas sobre la centralidad de la política en los 70 | Violeta Ayles Tortolini... [et al.]; coordinación general de Alejandra Ciriza; Fabiana Grasselli; Rodríguez Agüero Laura; ilustrado por Leandro Esteban Vallejos. – 1ª ed. – Mendoza: Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo, Ediunc, 2018.
228 p.: il.; 25x17 cm. – (A contrapelo)

isbn 978-950-39-0362-9

1. Sociología. 2. Análisis Histórico. 3. Historia Política Argentina.
i. Ayles Tortolini, Violeta ii. Ciriza , Alejandra, coord. iii. Grasselli, Fabiana, coord. iv. Laura, Rodríguez Agüero, coord. v. Vallejos, Leandro Esteban, ilus.
ccd 320.982

Tiempos disruptivos. Lecturas sobre
la centralidad de la política en los 70
Alejandra Ciriza, Fabiana Grasselli
y Laura Rodríguez Agüero (Organizadoras)

Ilustraciones de Leandro Esteban Vallejos

Primera edición, Mendoza 2018
Colección A contrapelo
isbn 978-950-39-0362-9
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
©Ediunc, 2018
http://www.ediunc.uncu.edu.ar
ediunc@uncu.edu.ar

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Introducción

Alejandra Ciriza, Fabiana Grasselli
y Laura Rodríguez Agüero

«arderá su memoria
hasta que todo sea como lo soñamos
como en realidad pudo haber sido».
Francisco Urondo

Este libro busca complejizar la mirada sobre un tiempo que retorna. Escrito a varias voces, difícilmente halle una delimitación disciplinar precisa. Más que un tema o una disciplina, lo que nos reúne es el intento de escrutar desde el presente ese tiempo, un tiempo de singular densidad en lo referido a las experiencias transitadas por subalternos y subalternas, un tiempo de experimentación política, de derrumbe de Bastillas, de asalto a las ciudadelas del privilegio al modo de las tropas aymaras y quechuas de Túpac Katari, Bartolina Sisa, Gregoria Apaza y Andrés Túpac Amaru en 1781 en la ciudad colonial de La Paz. Ese tiempo, que muchos y muchas consideramos como de condensación, como Benjamin pensó el *jet zeit*, como Marx pensara las revoluciones. Ese tiempo de anudamiento y precipitación de acontecimientos arroja aún destellos sobre el presente.

Su lectura es un terreno, por así decir, espinoso, un nudo donde se cruzan debates teóricos, éticos y políticos. Investigar sobre los años setenta en la Argentina trae a colación la cuestión del tiempo, de las relaciones entre pasado y presente, los asuntos de la memoria, los intereses que guían la investigación, esto es, el lugar que se asigne al interés cognoscitivo y/o al emancipatorio y sus diversas articulaciones, o la ubicación de quien investiga, tanto en lo referido al espacio geográfico (en un país donde lo sucedido en Buenos Aires suele ser asimilado a la dimensión nacional sin más, mientras los acontecimientos provincianos no pierden su marca espacial) como a la edad. Algo en el orden de la experiencia y la transmisión se juega en lo que se escribe acerca de los años setenta. También, desde luego, la cuestión de la violencia política en un tiempo que estuvo marcado por una intensa politización de la vida social y cultural, por movilizaciones y revueltas populares, por formas organizativas ligadas a los reclamos de la base en el movimiento obrero, por la emergencia y el

exterminio de organizaciones político-militares vinculadas a diversas orientaciones en el entonces complejo arco de las izquierdas, por experimentaciones educativas, artísticas, intelectuales.

Quienes hemos escrito este libro nos distanciamos de la línea dominante en los estudios acerca de los años setenta, tanto en lo referido a la problemática herencia dejada por el *Nunca más* y la conocida, pero no por ello menos persistente, teoría de los dos demonios, como por una línea que tiene por portavoces a Luis Alberto Romero, Hugo Vezetti, Ana Longoni y Vera Carnovale, quienes han ido construyendo desde la academia una cierta imagen de ese tiempo que se pretende neutral, científica, verdadera sin más e incluso pionera en la sana crítica de lo políticamente correcto (esto es, en su concepción de las cosas, la perspectiva de los organismos de DDHH). Por decirlo en los términos en que Romero (2007) cierra su conocido estudio introductorio «La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión»: «Hay un punto, quizá ideal, donde la corrección política y la probidad historiográfica han de encontrarse. Esa es nuestra tarea de historiadores del pasado reciente» (p. 137).

En cuanto a Romero, su trabajo, con referencias variadas y una estructura interesante, pues procura explicar la violencia política abriendo un horizonte temporal más largo, incurre en la pretensión del punto de vista de dios, por decirlo a la manera de Donna Haraway, a lo que se suma una perspectiva curiosa respecto del tiempo, un asunto central para quienes hacen historia. Romero procede como si su trabajo estuviese dotado de la capacidad de iluminarlo todo, al abrigo de cualquier parcialidad, un asunto poco probable para quien ha señalado a la democracia burguesa como el *non plus ultra* al que debemos aspirar, ubicada en el lugar de ideal incontrovertible, espacio del consenso y del bien pensar. Para decirlo con sus palabras, «los ideales de 1983» (Romero, 2016). De lo que se trata es precisamente de asumir que no hay (aunque haya) posiciones privilegiadas desde las cuales sancionar otras perspectivas. En todo caso, la posibilidad de hacerlo reside en relaciones asimétricas, no en excelencias cognoscitivas, sino en relaciones de fuerza en el campo académico, cultural y político, pues en todo caso el consenso del que se trata no es sino forzado y debido al predomino de ciertas posiciones sobre otras. Sucede en la academia del mismo modo que en las organizaciones políticas y sociales.

En lo referido a la cuestión del tiempo, Romero y Longoni comparten la problemática idea, vinculada a la ventaja hermenéutica del presente, de que algo en el pasado preanunciaba lo que efec-

tivamente aconteció. Su perspectiva podría ser dicha en términos hegelianos: el futuro no es sino futuro sido, en el caso de Romero traducido en el eterno retorno de la indeseable lucha facciosa que exudan cíclicamente las excrecencias del peronismo y sus inacabables avatares.

Como es bien sabido, la historiografía opera sobre el saber cómo se desenvolvieron los hechos. Esta ventaja hermenéutica proporciona un sentido a los acontecimientos que cuando ocurrieron no tenían, sujetos como estaban a incertidumbre, a las relaciones de fuerza existentes en ese momento histórico, a las condiciones heredadas del pasado, a la iniciativa de los y las sujetos, a los ciclos y rotaciones, ritmos y crisis, momentos y contratiempos estratégicos, a los desajustes entre economía, política y cultura, por decirlo en los términos de Bensaïd (2003). Romero y Longoni, en cambio, parecen desconocer que el tiempo y el sentido de los acontecimientos se hallaban aún abiertos en los años setenta: en ningún cielo estaba escrita la derrota de las experiencias revolucionarias. Si hubo signos que de alguna manera la preanunciaban ellos no eran proféticos ni había al respecto consenso alguno. Sólo desde el presente se puede saber que tal cosa sucedería. Sin embargo, Romero y Longoni, que rechazan de plano los valores de quienes apostaron por la lucha armada, a quienes consideran «terroristas», fanáticos poseídos por una «ética sacrificial» que los conducía inexorablemente hacia la muerte, parecen suponer que el futuro estaba ya escrito. Esta operación los lleva a deshistorizar estos complejos procesos y les impide ver el surgimiento de las organizaciones guerrilleras como una respuesta a las estrategias represivas que el Estado venía llevando a cabo desde 1955. Indudablemente, no se trata en este punto de un asunto de valores. Se puede (o no) compartir los valores de los y las militantes que en los años setenta aceptaron la vía armada como camino hacia la transformación revolucionaria de la sociedad. La alternativa de moralizar el pasado y erigirse en jueces de lo acontecido obtura la posibilidad de interpretarlo o, en todo caso, hace de la interpretación un juicio sumario en el que la condena está siempre ya escrita.

Este libro se propone, en cambio, retornar sobre ese tiempo incierto en procura de su desciframiento, de la construcción de una memoria densa que se asume situada, ubicada en una posición que es tal, esto es, no sólo argumentada, que se conoce matizada por luces y sombras.

Otro punto importante de divergencia se ubica en la cuestión del testimonio. No sólo por diferencias teóricas, en este caso, sino

también éticas. En una serie de trabajos ampliamente difundidos, Ana Longoni se ha ocupado de las relaciones entre arte y política. También realiza el seguimiento de la trayectoria y muerte del artista y guerrillero Eduardo Favario. Ha dedicado al rosarino dos trabajos: «La pasión según Eduardo Favario. La militancia revolucionaria como ética del sacrificio», publicado en 2000 en la revista El Rodaballo y «El mandato sacrificial», que fue presentado en abril de 2007 en la jornada académica Partidos Armados en la Argentina de los Setenta, realizada en el Centro de Estudios de Historia Política, UNSAM. En un apartado titulado «La política como guerra» Longoni expone a la vista de todos y todas un momento de intimidad con la madre de Favario. Dice Longoni (2000): «La segunda vez que entrevisté a Rita decidió mostrarme algo que valoraba mucho... Esto que iba a dejarme ver ahora se percibía a todas luces con una carga distinta. (...) Había algo dolorosamente patético» (p. 9). Ubicada en el lugar de antropóloga ante una nativa, de entomóloga ante un insecto, Longoni desnuda la intimidad de Rita. No sólo abusa de su confianza sino que no ahorra calificativos despectivos. Dudo que la autora haya solicitado venia alguna a la entrevistada (al menos no consta en su trabajo). Excesiva, la evidencia exhibida tiene por objeto demostrar las pretensiones «del ERP (y de otras organizaciones guerrilleras) de construirse a la manera del Ejército Regular, al mismo tiempo que dejaban ver la desproporción entre esa pretensión y la realidad» (p. 9). La dificultad, más allá de las divergencias interpretativas, consiste en la conversión de la palabra del/la otro/a en mera excusa para la imposición de su perspectiva, que considera a quienes optaron por la lucha armada como integrantes de una secta que exigía el sacrificio extremo, incluida la donación de la vida en el altar ensangrentado de la revolución. Sorprende esta violenta imposición de la propia verdad en nombre del espíritu crítico, la vida académica, la investigación científica, valores ubicados en algún sitial no menos sobreinvestido que el de la revolución para los y las setentistas.

Si existe un punto de sintonía común entre estos autores es el rechazo absoluto hacia la violencia política de los y las de abajo. Si Vezzetti (2002) y Romero (2007) insisten en considerar a los y las integrantes de las organizaciones armadas como «terroristas», reproduciendo el discurso de las Fuerzas Armadas, Carnovale (2011) y Longoni (2000, 2007a) subrayan la existencia de una «ética sacrificial» y elaboran una representación de la militancia de las organizaciones político-militares de los años setenta como integrantes de una secta que compartía con las Fuerzas Armadas una cultura

política basada en la disposición a matar y morir. Ambas toman como punto de partida de sus escritos un artículo en el que Horacio Tarcus (1998/1999) criticaba al conjunto de la izquierda partidaria definiéndola como integrada por sectas políticas estériles organizadas a la manera de las hermandades milenaristas del medioevo. Los bordes entre esta concepción y la teoría de los dos demonios son a menudo sutiles y no muy difíciles de atravesar.

La cuestión de la violencia es uno de los asuntos más controvertidos a la vez que eludidos en su densidad en los debates académicos: basta condenarla, equiparar guerrilleros/as y militares, sujetos a la misma lógica, imputar a los organismos de derechos humanos su cuidadosa evasión, aun cuando esa afirmación a menudo implique homogeneizar momentos históricos y escenarios muy distintos (el de los años de la resistencia a la dictadura, el de la conformación de la Conadep y el primer juicio a las juntas, los años de resistencia a las políticas de impunidad en tiempos de democracia, las políticas de derechos humanos del kirchnerismo y los juicios por delitos de lesa humanidad). Las urgencias a menudo producen, paradojalmente, en el campo de las teorías críticas, adversarios/as construidos sobre la base del maniqueísmo que se imputa a otros/as. Si bien merece un tratamiento más extenso, sólo adelantaremos algunas breves consideraciones, pues este trabajo incluye textos sobre las revueltas y la represión en la provincia de Mendoza, la reconstrucción de una huelga acompañada de acciones armadas y la recuperación del proceso de formación del PRT-ERP en la provincia de Mendoza, es decir, trabajos que hacen referencia a la violencia desde abajo, a las organizaciones político-militares y a la violencia, esta sí terrorista, perpetrada por el aparato del Estado.

Compartimos, en lo que a la cuestión de la violencia se refiere, la perspectiva puesta de manifiesto en un conocido estudio sobre el PRT-ERP llevado a cabo por el historiador Pablo Pozzi (2004) y por un ensayo, tan complejo como apasionado, escrito por la feminista y activista por los derechos humanos Marta Vassallo (2014), además de los múltiples trabajos escritos por Nilda Redondo (2001, 2004, 2005) sobre la cultura de los años sesenta y setenta. Inscripta en la estructura del sentir de la época, la violencia política desde abajo y la lucha armada formaron parte de las alternativas y los debates de los años setenta (Pozzi, 2004). De eso se hablaba, se debatía sus formas de articulación al proyecto revolucionario, se argumentaba en favor y en contra. Se cometían errores, desde luego, pero ellos no son imputables a ninguna ética sacrificial, como suponen Carnovale y

Longoni, sino a la imposibilidad de adivinar el futuro, al crecimiento exponencial del aparato represivo y su ferocidad, a errores políticos y humanos (el copamiento del regimiento Domingo Viejobueno, en Monte Chingolo, la contraofensiva montonera de 1978-79).

La idea de la pertenencia a una comunidad de ideales como reguladora de la propia praxis implicó, como bien ha visto Marta Vassallo, una concepción de la vida alejada del dogma de su absurda sacralización como non plus ultra y bien absoluto. Como señala Vassallo (2014):

> El reciente dogma de la sacralidad de la vida es el último extravío de la tradición occidental que busca lo sagrado que perdió... en lo que en el antiguo pensamiento mítico se designaba como portador de culpabilidad: el simple hecho de vivir (p. 67).

Finalmente, la acusación que formula Longoni (2007a) refiere a una posición asumida por algunos y algunas portavoces del Movimiento de Derechos Humanos. Desde luego, no es ni era la de todos y todas. La posibilidad de escucha de la palabra de los y las sobrevivientes se abrió con los juicios por delitos de lesa humanidad.

Probablemente, para comprender el carácter trágico y dilemático de la opción política por la acción violenta sería preciso poner en cuestión algunas cómodas certezas: que el actual régimen liberal, que se dice democrático, es no violento; que la vida (¿cuál?) está por encima de todas las cosas, y que el presente es el tribunal inapelable de los errores morales y políticos del pasado, no una instancia interpretativa sujeta a rectificaciones y debate, entre otras.

El actual rechazo hacia la violencia política desde abajo y la defensa de la democracia desde una perspectiva liberal encubre el silencio y la complicidad ante la permanente violencia desde arriba, naturalizada, pero no por eso menos letal. El rechazo en las palabras no impide que muera una mujer cada treinta horas en manos de su pareja o expareja, con la complicidad e indiferencia del Estado; tampoco obstaculiza la violencia institucional que ha cobrado en democracia más de 4600 jóvenes vidas. Está tan normalizada que a menudo no es siquiera percibida, eso sin hablar de las hambreadas y la miseria que arrasa con las vidas de los y las más vulnerables. Sin embargo, la corrección política asumida por algunos/as señala hacia el pasado, hacia guerrilleros y guerrilleras, culpables (desde su perspectiva) de la intervención militar que desató atrocidades y una degradación institucional sin límites, silencio y complicidades civiles, personas desaparecidas y menores apropiados/as. La violencia no halla palabras en los debates políticos, pero las cifras de la Correpi

hablan: por año más de 250 jóvenes de sectores populares mueren en manos de la policía. En los períodos de crisis las cifras trepan. Luego se produce un amesetamiento. Se trata de una guerra de baja intensidad contra los sectores populares, las mujeres, las personas racializadas y los disidentes sexuales y trans, de cuyos efectos mortíferos nadie se escandaliza pues es violencia que se ejerce desde arriba, silenciosa, naturalizada. La sangre corre mansa hacia los sumideros. Nadie reclama por ellos y ellas. Los funcionarios se fotografían impávidos: «Ni una menos», mientras la más sencilla de las medidas preventivas está fuera del alcance de la mayoría.

Plural en las voces y las disciplinas, este libro tiene, no obstante, una cierta dirección: el interés por las tradiciones políticas de los sectores subalternos y las mujeres, por la búsqueda afanosa de sus rastros y palabras dondequiera se hallasen. Se ocupa de uno de esos momentos, a menudo efímeros en la historia, en que se abren para los sectores subalternos y las mujeres ocasiones para una praxis revolucionaria, es decir, una praxis colectiva que modifica su experiencia del mundo y su percepción del tiempo. Se trata de ese tiempo que los griegos llamaban *kairós*, es decir, el momento singular en el que se produce una oportunidad, las ocasiones que nuestros pueblos quechuahablantes nombran como *ñaupaman rishun*, en que los sujetos avanzan hacia el futuro con los ojos puestos en el pasado.

Los años setenta fueron uno de esos momentos de crisis y experimentación revolucionaria durante el cual subalternos y subalternas buscaron hacer su propia historia a la manera en que alguna vez otros seres humanos habían buscado hacerla. De allí la utilidad de la sugerente descripción hecha por Marx (1957):

> Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando estos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal (p. 160).

De esos tiempos a menudo quedan escasas huellas. El tránsito de trabajadores metalúrgicos escasamente calificados por una experiencia de huelga no deja casi rastros, los momentos de radicalización política en una provincia que se quiere tranquila, las producciones y debates de las incómodas feministas y las mujeres disconformes

suelen tener, además de mala prensa, escaso espacio. De allí la relevancia —una suerte de delgado hilo que recorre este libro— de los testimonios.

Si algo ha sucedido en orden a la posibilidad de transmisión de ese pasado, como señala Paz Escobar, dista de ser objeto de memoria común. Más bien es asunto de disputa, punto de confrontación, campo de batalla que se juega no sólo en el terreno cotidiano de la lucha política sino en otros campos, como el del arte, pensado a la manera de una práctica interna a la práctica política, una suerte de ejercicio de ampliación de los horizontes de la imaginación, una contribución al dibujo de un paisaje nuevo de lo visible, de lo decible, de lo factible, por parafrasear a Rancière.

Esas voces, portadoras de jirones del pasado, nos han sido accesibles a través de algunos documentos y textos reunidos con dificultad, pero fundamentalmente a través de testimonios, de las palabras de quienes vivieron ese tiempo y han estado dispuestos a relatar, a decir, pudiendo haber callado. Esas palabras dichas operan a la manera de puentes tendidos entre lo acontecido, marcado por la subjetividad de quien habla y el presente. No sólo se trata entonces de la distancia temporal entre lo sucedido y lo narrado, sino de lo que estas condiciones, las del hoy, permiten recordar, de la relación entre sujetos, entre quien testimonia y quien escucha, y de las dificultades de lidiar con la palabra de otros sin transformarla en pretexto para la propia intervención.

Así hemos ido hilvanando nuestro trabajo en torno a tres ejes: los procesos de radicalización política protagonizados por obreros/as, jóvenes y trabajadores/as; el seguimiento de las huellas de las feministas argentinas en los años setenta, sus pasos en los bordes de *Crisis*, la publicación cultural que condensó el clima de la época, y las producciones artísticas, en este caso de Rodolfo Walsh, Paco Urondo y Juan Gelman, para cerrar el libro con un texto sobre un filme que, desde el presente, relata un acontecimiento emblemático para aquellos años, la fuga y masacre de presos/as detenidos/as en la cárcel de Trelew.

En el primer eje hemos reunido tres trabajos. «Del "invierno caliente" del posMendozazo a la dictadura. Bancarios y estatales en la Mendoza de los setenta», escrito por Laura Rodríguez Agüero, relata las experiencias de hombres y mujeres que, en la coyuntura del posMendozazo, organizaron los gremios de estatales y bancarios en la provincia cuyana. Del clima del Mendozazo nacieron quienes fueron bautizados por el *Diario Mendoza* como «hijos del trueno»,

el sindicato de obreros y empleados públicos (SOEP) y la posibilidad de incidencia de jóvenes empleados bancarios radicalizados en las Comisiones Gremiales Internas de ese sindicato. El texto relata las experiencias a lo largo del ciclo, es decir, tanto las confrontaciones y los logros, la fuerza organizativa desarrollada en cada lugar de trabajo que se plasmó en conquistas laborales y, en el caso de bancarios, en la creación de la Escuela Sindical Bancaria, como la alianza entre las cúpulas de algunos gremios, las fuerzas de seguridad y sectores de derecha, el desguace de SOEP y el terror desatado contra sus militantes, la persecución de los dirigentes bancarios tanto a través del accionar de los parapoliciales como de la policía de Santuccione.

Andrés Carminati en «"Elementos extraños con brazaletes rojos". Radicalización obrera y lucha armada en una metalúrgica mediana de la ciudad de Rosario (1973-1976)» reconstruye la experiencia de radicalización política en una fábrica del cinturón del Gran Rosario, en la zona Sur de dicha ciudad. Durante la huelga, que se llevó a cabo hacia mediados de 1974 y duró cuarenta días, se produjo una combinación de experiencias: sindicalización de un grupo sin organización previa, intervención de una organización político-militar (PRT-ERP) y una brusca transformación de las relaciones obrero-patronal. La confrontación incluyó una serie de trece solicitadas. En una de ellas la patronal decía de los obreros en huelga «elementos extraños con brazaletes rojos». La apelación a la idea de que los obreros radicalizados son infrecuentes en la clase iría instalándose poco a poco. El fin de la huelga, hacia fines de 1974, se produjo en un clima de aumento de las medidas de seguridad en la fábrica en un punto de inicio del reflujo de masas. Sobre los trabajadores y sus familias iba cayendo, poco a poco, la turbia sombra de los operativos represivos que se fueron cobrando, tras el conflicto, la vida de muchos, aun antes de la dictadura militar.

En un trabajo que relata la experiencia de quienes militaron en una organización armada en Mendoza, Violeta Ayles propone ir «A la búsqueda de tradiciones subalternas: accionar político y militar del PRT-ERP en Mendoza (1973-1976)». A partir de una serie de entrevistas y de la prensa partidaria, Ayles recupera las experiencias organizativas realizadas en la provincia por los/as militantes perretistas, atravesadas por la conformación tardía del PRT en esta región, hacia 1973, y por el rápido avance de la represión tanto en Mendoza como en el país hacia 1975. Se trató, por cierto, de una experiencia breve. A ello se suma la dificultad que presenta trabajar con la búsqueda de testimonios de quienes atravesaron por aquellos años militancias

vinculadas a la opción por la lucha armada. Es que la cuestión de la violencia de los de abajo ha sido objeto de una visión que la condena, volcada de manera ejemplar en el prólogo del *Nunca más*. Sin embargo, es preciso recordar que en los años sesenta y setenta, no sólo en nuestro país sino en el continente y el llamado tercer mundo, la violencia en manos del pueblo para su liberación (fuera esta nacional o social) formaba parte de las experiencias sociales y de las estructuras del sentir.

La segunda parte del libro, Feminismos en tiempos de revuelta, incluye dos trabajos, uno escrito por Alejandra Ciriza, que versa sobre genealogías y experiencias feministas en el Sur durante los años setenta y sobre las dificultades para su recuperación en la Argentina. El trabajo describe tanto las trayectorias singulares como las condiciones históricas en las que estas se dieron. Por una parte, se busca establecer, a contrapelo de lo que Benjamin denominó «la moda», las complejas relaciones entre feminismos e izquierdas, y, por otra parte, ampliar el panorama, la mayor parte de las veces limitado a los grupos porteños. Aun cuando las experiencias en el interior del país sean difíciles de seguir, debido a la escasez de documentación y rastros materiales, ellas existieron. En Rosario, la punta del iceberg asoma por el costado de las regulaciones de la sexualidad; en Córdoba, por los caminos ásperos de los desencuentros y malentendidos entre feminismos e izquierdas y las búsquedas e inquietudes de jóvenes universitarias; en Mendoza, en los resquicios abiertos por la teología de la liberación. El recorrido incluye una revisión de dos libros escritos por aquellos años: *Las mujeres dicen basta* y *Opresión y marginalidad de la mujer en el orden social machista*, escrito y publicado en Mendoza. Tras el golpe militar vendría el reflujo, que impuso una interrupción a la vez que se abrieron, sin embargo, espacios inesperados.

El trabajo de Eva Rodríguez Agüero, «Feminismos, política y cultura en la Argentina de los setenta. Una lectura desde el punto de vista de género de la revista *Crisis*» bucea en las tensiones entre las ideas feministas y los debates considerados centrales en el campo político-cultural durante aquellos años. Eva Rodríguez Agüero detecta algunos tópicos recurrentes en el tratamiento de la cuestión de las mujeres: por una parte, la idea de que «el feminismo es cosa de extranjeras»; por otra parte, una serie de notas en las que subyace la idea de que la subordinación de las mujeres es una contradicción tópica del capitalismo. Entre los escasos textos sobre mujeres se halla el testimonio de María Antonia Berger, interrogada en Devoto sobre Trelew

por Francisco Urondo. Un segundo grupo de artículos hace lugar a «intervenciones feministas» e incluye textos de la periodista María Ester Gilio, la fotógrafa Sara Facio y la escritora y poeta Diana Bellessi. Si las páginas de *Crisis* dan cuenta de las trasformaciones en cuanto al lugar de las mujeres en la sociedad, su ingreso masivo a las universidades, su participación en la política, sus demandas sobre igualdad de derechos en el trabajo, el rechazo a la mujer objeto, la advertencia sobre los efectos narcotizantes de la novela rosa y su difusión de estereotipos sexistas, las preocupaciones centrales para quienes ocupaban lugares centrales en la política editorial de la revista eran otras en un tiempo marcado por la cercanía acuciante de la revolución.

La tercera parte, El arte y la disputa por la forja del sentido común, reúne los trabajos de Nilda Redondo, «Escritura y utopía: Juan Gelman», Fabiana Grasselli, «Rodolfo Walsh y Francisco Urondo: escritura testimonial en tiempos de revuelta», y Paz Escobar, «Trelew, la fuga que fue masacre. De la memoria política a la política de la memoria». Los textos profundizan en la dinámica entre lo social, lo político y lo cultural y han sido ordenados siguiendo de algún modo un criterio histórico.

El escrito de Nilda Redondo que aquí se incluye forma parte de una serie de trabajos suyos interesados en las relaciones entre arte y política. En este caso, se ocupa de la escritura de Gelman, el poeta que ha manifestado su éxtasis ante la revolución que se avecinaba, el testigo del horror de la represión, los exilios, los asesinatos, las muertes. Gelman, que ha puesto en poemas el dolor y la indignación por «nuestros queridos compañeros». Gelman, que es para Redondo un punto de partida pues en su prosa y en su poesía ha nombrado a Walsh, Conti y Urondo como arquetipo de poetas, artistas e intelectuales que eligieron la lucha revolucionaria y estuvieron dispuestos a dar la vida en esa lucha, y la dieron en un contexto de derrota y genocidio. Gelman, que opera a la manera de nexo entre aquel pasado y el presente y procura responder a las preguntas que se agolpan tras la derrota: la deriva de las utopías de los vencidos, sus capacidades de resistencia, sus nuevos levantamientos y rebeliones, su persistente memoria anclada a siglos de dolor, racismo y explotación. Es por ello que recuerdan con ira y se alzan en armas, es por ello que podrán ser derrotados pero no destruidos.

La palabra poética de Gelman complejiza la perspectiva del tiempo e invoca los cuerpos diseminados de los combatientes: ellos construirán la utopía, ese lugar en el que estarán todos los que soñaron con la igualdad y la libertad. Como decía Urondo en su poema «arderá su

memoria/ hasta que todo sea como lo soñamos/ como en realidad pudo haber sido».

El texto de Grasselli se ocupa de las trayectorias políticas e intelectuales de Rodolfo Walsh y Francisco Urondo desde una perspectiva que atiende a mostrar y analizar los singulares puntos de contacto entre sus recorridos en lo que respecta a una cuestión central en las polémicas culturales de los años sesenta y setenta en América Latina: las búsquedas tendientes a subvertir los modos de concebir las relaciones entre arte, política y sociedad. La investigación focaliza en los posicionamientos estético-políticos de Walsh y Urondo en un momento considerado como un clivaje dentro de la historia intelectual argentina y latinoamericana: el final de la década del sesenta. Se abordan los entrecruzamientos de sus proyectos narrativos y sus declaraciones programáticas en torno a la escritura testimonial, explorando los modos en que precipitan en ella las experiencias vinculadas a su oficio de escritores y militantes. Se podría decir que en las biografías intelectuales de Walsh y Urondo condensa la sedimentación de lo vivido en la historia, el extraño amalgamarse de las historias personales y los procesos históricos colectivos.

Paz Escobar aporta una reflexión respecto del lugar del arte en las políticas de la memoria a partir de una lectura de la película de Mariana Arruti *Trelew, la fuga que fue masacre*. El documental es presentado por su directora como fundacional y activador de una memoria que se quiere colectiva. El estudio de Escobar busca dar cuenta del proceso de producción del film, de las operaciones de ficcionalización en un discurso que dice representar lo real, narrar, sin más, algo del orden de lo acontecido a la vez que polemiza con la idea de que sea posible, algo así como una memoria compartida o consensuada sobre Trelew, pues algo en el orden de las interrupciones en la transmisión ha impedido la continuidad y hace de este documental un terreno de debate, más que un simple medio de transmisión. La indagación en las rendijas del tiempo y en los procedimientos llevados a cabo por Arruti permiten acercar al lector (y al espectador) a una reflexión acerca de las políticas de la memoria en los tiempos que corren.

La pregunta que tal vez reste sea ¿un libro más sobre los setenta? Un libro que reúne experiencias de sujetos subalternos, mujeres en proceso de devenir feministas y reflexiones sobre arte y política en las voces de Walsh, Urondo y Gelman. Un libro que propone pensar las políticas de la memoria, el desigual destino de olvido, el lugar de la transmisión posible en todo esto, los huidizos significados de las

palabras, sus destinos, su materialidad, sus funciones tanto en los testimonios como en los documentos, a menudo dispersos y reunidos luego de largas búsquedas. Las memorias de los setenta, los escritos sobre ese tiempo considerado por algunos como violento, sin más, traen a colación una serie de asuntos aún pendientes: la violencia de los de abajo, la cuestión de la revolución, los ensayos políticos derrotados y su persistencia en la memoria y los cuerpos de los y las que sobreviven, los ensayos estéticos, la construcción de los feminismos en el terreno de controversia que fue la cultura política de los setenta y lo que se juega en las lecturas de ese pasado.

Tal como Irene Gruss (1998) señala en su poema:

> Mi voz dice lo que no quiero decir,
> mi voz tiene otro tono,
> lo que quiero decir no lo dice,
> dice otra cosa.
> Lo que no digo a veces lo dice mi voz
> o el silencio, el mío, lo dice pero
> ....
> Mi voz no escucha lo que digo.
> Yo escucho a mi voz decir
> otra cosa.
> ...
> Cuando mi voz lo dice
> a veces, el tono suena
> desligado de mí, el sonido, el tono
> es otro.
> ...
> Mi voz no habla,
> semeja un tono

La voz, los cuerpos, la insistente paciencia con la cual algunos, algunas desean aún resistir y alimentar utopías y complejizar las miradas del tiempo resuena en nosotras y nosotros trayendo al presente ese tiempo anterior marcado en la materia, en los cuerpos, en la tierra, en la memoria sorda que se halla diseminada en restos dispersos y frágiles, en conjuntos heteróclitos de materiales, desde los cuerpos y las marcas reales a las palabras dichas y escritas, distribuidas en repositorios y bibliotecas particulares, en expedientes judiciales, en textos poéticos, en el cine, en las imágenes, en las paredes y en los testimonios de quienes ya no quieren callar, o simplemente no pueden sino decir una y otra vez, aun cuando no haya escucha para sus palabras.

Estos textos heredan, bajo la presión de la intemperie del presente, las tensiones del pensamiento benjaminiano, se inspiran en sus tentativas de lectura del pasado, en las advertencias del pensador alemán respecto del carácter huidizo y transitorio de la experiencia,

en su acentuación de las ambivalencias de las significaciones y la precariedad de su inscripción en el tiempo.

De Benjamin nos inspira su aguda precaución ante la pretensión de absolutez, ante el sello de «caso cerrado» que a menudo alienta en algunas lecturas de ese pasado.

En sus textos autobiográficos Benjamin advertía, por la vía de la asociación con las imágenes oníricas, respecto de la precariedad del sentido, de las acechanzas de un destino que no está escrito de antemano y puede depararnos algo completamente distinto de lo que pudimos esperar:

> ...el hecho de que el destino sea intermitente como un corazón y deje espacio libre para algo completamente distinto puede adoptar a veces la forma de una imagen onírica que deja al recién despierto con ese dolor anímico lenauiano y que también sólo entonces, es decir más tarde, es comprendida por él como el germen de un destino completamente distinto (Benjamin, 1996: p. 139).

Entre la sutileza de las observaciones autobiográficas y las conmociones de su propio destino, las palabras de Benjamin impulsan a un pensamiento audaz a la vez que titubeante e incierto. Mucho de lo que en este escrito plural retorna pertenece al pasado. De allí que sus dilemas no sean, en sentido estricto, los nuestros. Sin embargo el diálogo con ese pasado que nos depara «un dolor anímico», como indica Benjamin, tiene aún un potencial estimulante.

Bibliografía

Benjamin, Walter (1996). *Escritos autobiográficos*. Madrid: Alianza Editorial.

Bensaïd, Daniel (2003). *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.

Carnovale, Vera (2011). *Los combatientes: historia del prt-erp*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Longoni, Ana (2000). La pasión según Eduardo Favario. La militancia revolucionaria como ética del sacrificio. *El Rodaballo,* 10.

——(2007a). El mandato sacrificial. Jornada Académica Partidos Armados en la Argentina de los Setenta. Buenos Aires, unsam, 27 de abril de 2007. Recuperado el 14/08/2017 de http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/pdf/longoni.pdf

——(2007b). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma.

Marx, Karl (1957). El 18 Brumario de Luis Bonaparte. En K. Marx y F. Engels. *Obras escogidas*. Buenos Aires: Cartago.

Redondo, Nilda (2001). *El compromiso político y la literatura: Rodolfo Walsh*. Santa Rosa: Amerindia

——(2004). *Haroldo Conti y el prt. Arte y subversión*. Santa Rosa: Amerindia.

——(2005). *Si ustedes lo permiten prefiero seguir viviendo: Urondo, de la guerra y del amor*. La Plata: De la campana.

Romero, Luis Alberto (2007). La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión. En A. Pérotin-Dumon (Dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Recuperado el 14/08/2017 de http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/romero.pdf

——(22 de marzo de 2016). Volver a los ideales de 1983. *La Nación*. Recuperado el 14/08/2017 de http://www.lanacion.com.ar/1882009-volver-a-los-ideales-de-1983.

Tarcus, Horacio (1998/1999). La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad. *El Rodaballo*, 9.

Vassallo, Marta (2014). *La terrible esperanza*. Buenos Aires: Colisión.

Vezzetti, Hugo (2002). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.